

do a la construcción de la basílica de San Pedro) en las diócesis de Maguncia y Magdeburgo, para un período de ocho años (1); la mitad de las limonas se remitiría al Papa para la fábrica de San Pedro; la otra mitad se reservaba para el Comisario, o sea el propio Arzobispo de Maguncia, quien por este medio iba a salir airoso de unos fuertes compromisos que tenía con la Curia Romana. No sacaremos a relucir todo el negocio, largo y enmarañado, que parecería en nuestros tiempos bien poco recomendable. Pero pasemos adelante.

La bula de concesión llegó primero a manos del emperador Maximiliano, quien no quiso perder tan favorable ocasión para obtener algo para sí; y para que el emperador permitiese por tres años la indulgencia ya concedida por el Papa para ocho, fué preciso ofrecer, para cada uno de dichos tres años, a la Cámara Imperial, la suma de mil ducados, los cuales debían emplearse en la construcción de la iglesia de Santiago, adyacente al Palacio Imperial de Innsbruck. Tales manejos, tan poco edificantes, pero muy frecuentes entonces, son sintomáticos del estado tristísimo de desorden a que había llegado el teje maneje de las indulgencias, a principios del siglo XVI. De ésta que hemos citado volveremos a hablar, pues fué precisamente la que suministró a Lutero el desdichado pretexto para romper abiertamente con Roma, de la cual estaba ya interiormente muy alejado por sus erróneas doctrinas.

### **La promulgación de una indulgencia.**

A los abusos que intervenían con frecuencia en la concesión de las indulgencias, se juntaban otros inherentes a la promulgación o predicación de las mismas.

La predicación de un jubileo era de suyo entonces, como lo es ahora, uno de los medios más poderosos para la renovación espiritual del pueblo cristiano; sus resultados podrían compararse muy acertadamente con los de una campaña de fructuosas misiones. Declaremos algo más este aspecto, benéfico y santo, de las indulgencias, que con evidente injusticia se calla o disimula muchas veces.

En tales ocasiones, predicadores escogidos recorrían los pueblos anunciando con gran vigor las verdades de la fe,

(1) Pastor, Historia de los Papas. Vol. VII.